

LA UNIVERSIDAD Y EL SABER

Por el Br. Guillermo Manuel Ungo.

*Egresado de la Facultad de Jurisprudencia y Ciencias Sociales. Dirigente del grupo católico universitario
Prepara sus exámenes de grado.*

Para comprender la esencia de la Universidad, su significado y la misión que debe realizar, es preciso conocer la génesis de esa gloriosa y fecunda institución y la historia de su desarrollo.

Siguiendo esas ideas, tenemos que remontarnos a la Edad Media, especialmente a la época del Papado Hildebrandino, período que el gran historiador protestante contemporáneo Arnold Toynbee, quien no puede ser tachado de parcial, califica del cénit de la civilización occidental. Allí, en el lugar de origen de la Universidad, nos detendremos un poco, para continuar haciendo la historia, según nuestro personal criterio, de la Universidad en el renacimiento, en el filosofismo, en el Estado liberal y en el siglo XX.

La Universidad en la Edad Media. En la antigüedad la transmisión del saber carecía de un sentido corporativo que le diera mayor continuidad y coherencia. Grecia y Roma adquieren renombre en la historia de la cultura gracias al genio y a la dedicación de sus grandes filósofos, sabios y artistas, quienes por sí mismos, sin la ayuda de instituciones permanentes, se dedican a las labores del espíritu. La tarea del saber tenía, pues, un sabor netamente individual aunque no desprovisto de destino social.

La Edad Media, en cambio, está impregnada de un sentido supra-individual: en la concepción ultra-terrena de la conducta personal y en su hacer social. Dentro de este sentido medieval, el rasgo más característico es el ansia más o menos consciente, en lo religioso y en lo temporal, de lograr la unidad orgánica. El corporativismo es el signo externo que caracteriza a esa época que se había dado en llamar de "oscurantista", pero que ahora los filósofos de la historia mencionan con respeto y aprecio, por sus múltiples logros positivos legados a la humanidad.

Con ese espíritu societario nacen durante la Edad Media las corporaciones o gremios de maestros, artesanos y aprendices, vinculándo-

los con fuerte espíritu mutualista, al contrario de lo que realizó muchos siglos después el sistema liberal, el cual aisló al individuo para que fuera objeto de los abusos e injusticias del poder económico. En la Edad Media se instituye también la caballería, que no era sino un gremio militar, con su aprendizaje y maestrazgo. Y, finalmente, nace la institución cultural que es su mayor timbre de gloria: la Universidad.

Su origen es una consecuencia de la conquista de Europa por los bárbaros. Llevan éstos sus instituciones rudimentarias que imponen a los pueblos conquistados. Europa está casi a punto de perder sus valores culturales, pues los bárbaros carecían de necesidades intelectuales y se preocupaban únicamente de aspiraciones de orden vegetativo y animal, cuales eran la guerra, la caza, la mesa y el descanso. Pero hay influencias recíprocas, y los bárbaros se convierten al cristianismo. Si bien no se interesan en el saber más elemental, respetan y protegen la labor de la Iglesia, manteniéndose y difundiéndose en Europa las iglesias y monasterios.

Son precisamente estas instituciones religiosas las que sirvieron de receptáculo para preservar los tesoros culturales de Roma y Grecia y que paulatinamente proyectaron su influencia civilizadora, debido a que el sacerdocio exigía, como siempre, un mínimo de cultura indispensable para ejercer ese ministerio sagrado.

Inicialmente, en los siglos VII, VIII y IX, se fundan escuelas en los alrededores de las catedrales y monasterios con el objeto de preparar a los aspirantes al sacerdocio. Luego, se extiende la enseñanza a los no sacerdotes deseosos de adquirir conocimientos fundamentales, que en esa época eran: la gramática latina, la retórica y la lógica. Se van ampliando las escuelas y la enseñanza, que llega a comprender la aritmética, la geometría y la astronomía. Al terminar el siglo X, Europa estaba sembrada de iglesias y monasterios, siendo cada catedral y cada monasterio una escuela mayor y cada iglesia una escuela de inferior categoría.

Ciertas escuelas alcanzan gran fama y a ellas acuden numerosos estudiantes de provincias remotas; los que allí estudiaban podían ejercer la docencia en todas partes, mediante privilegio otorgado por el Papa y el Emperador. Es éste el punto de origen de la Universidad. Nace de esa manera, hacia fines del siglo IX y de la escuela catedral parisiense, la Universidad de París, que se hizo famosa dos siglos después con las geniales exposiciones de Abelardo. Con anterioridad, ya existía la célebre Universidad de Bolonia, la cual adquirió mayor pres-

tigio en el siglo XII, con Inerio renovando los estudios jurídicos. Dispersiones fecundas son las Universidades de Oxford, Cambridge, Angers, Reggio, Vicenza, Arezzo, Padua, Siena, Pisa, Peruggia, Florencia, Pavía, Turín, Toulouse, Orleans, Avignon, Grenoble, Orange, Montpellier, Cahors, Palencia, Salamanca, Valladolid, Huesca, Zaragoza, Praga, Viena, Heidelberg, Erfurt, Cracovia; nacidas todas ellas con la protección y ayuda eficaz de los Papas y antes de que concluyera el siglo XIV.

Sentido de la Universidad Medieval. Todas estas Universidades de la Edad Media tienen un doble sentido: de corporación y de labor cultural. Si fuera posible insistir en prioridades, diríamos que precisamente en cuanto “universidad”, que dice universalidad, pluralidad, asociación (pues ese es su significado etimológico e histórico), surge primero como corporación que como tarea cultural. Ya dijimos que esta última existía desde la antigüedad. En cambio, la Universidad, como tal, es una “Universitas Magistrorum et vel Studentium”, es decir, un grupo social, de profesores y estudiantes, relativamente homogéneo, con finalidades permanentes surgidas de la vida y de la sociedad, que antes se desconocían.

Este sentido colectivo que da continuidad y coherencia a las tareas humanas no estaba exigido únicamente por la imprescindible continuidad de la tarea científica que ninguna generación podría agotar, ni solamente por la transmisión de la ciencia, ni por la semejanza de aficiones y de dificultades, sino por un sentido, a veces explícito, otras inconsciente, de misión, de destino supra-individual, de toda la tarea universitaria, para con el pueblo, con la Iglesia y con la monarquía. No hay duda de que la Universidad medieval fue fiel a la mentalidad y a las instituciones espirituales y temporales de su época; fue factor decisivo para que las características esenciales de la Edad Media, con sus grandes aciertos e indudables defectos, lograsen toda su plenitud. No fue un injerto ni un híbrido; así apreciamos como la Universidad en su origen descubre desde un principio su misión social —que le da su ser corporativo— y su misión libertadora, no sólo de la ignorancia y del error, sino también de la tiranía. Casi todas las universidades nacieron porque grupos universitarios, de maestros y estudiantes, no querían someterse a disposiciones que creían injustas o arbitrarias del canónigo maestro-escuela, de la burguesía de la ciudad o del Emperador. De ese modo nacieron las Universidades de Oxford y de Angers; y como resultado de dispersiones sucesivas de la Universidad de Bolonia, por esas razones, se formaron las Universidades de Padua, Siena, Arezzo y Vicenza.

Carácter Especial de la Universidad Medieval. La Edad Media se caracterizó por su afán unitario. Unidad religiosa y unidad orgánica en el saber. Se proclama la convicción de que la ciencia es una, orgánica e indivisa, como es indivisa y orgánica y una la realidad del Kosmos, de cuya unidad compleja la ciencia no es sino el ideal abstracto.

Lo característico del saber medieval, en consecuencia, es su estrecha articulación, su jerarquización en torno al saber supremo: la teología. Los teólogos y filósofos sabían que el saber debía destinarse a la existencia, pero no únicamente a “este mundo”. Era un saber “supra-existencial”, para la existencia definitiva y externa en la participación de la existencia interna de la Trinidad. En ese aspecto es injusto y superficial acusar su saber de meramente “esencial”; su saber metafísico y físico, lógico y estético, con defectos e incompleto, es cierto, desembocaba en la basta corriente de la existencia sobrenatural. En realidad la filosofía y las ciencias particulares desarticuladas de la teología resultan un camino sin rumbo. Rechazando u olvidándose de Dios —y no sólo del Dios de la inteligencia natural (Teodicea), sino del Dios de la Revelación— del campo de las labores científicas, quedan éstas, como lo ha demostrado la historia, inanimadas y escuálidas.

La unidad científica, esa institución orgánica del saber que hoy casi no se discute, no era cosa tan obvia en aquella época para todos los que se dedicaban al estudio. La filosofía griega, recién llegada de España en comentarios y traducciones del árabe, andaba mezclada con mil errores y era mirada por lo mismo en ciertos círculos eclesiásticos con gran suspicacia. Estaban tan escamados no pocos, que renunciaban a la especulación y preferían retirarse al seguro de la Revelación y de la tradición. Uno que otro insinuaba la cobarde solución de los dos criterios: teológico y filosófico, admitiendo que puede ser verdadero en un orden lo que en el otro es falso. Ni faltaba quien, apasionado con el redescubrimiento de Aristóteles, lo antepusiera en la práctica a la misma Revelación.

Estas confusiones eran muy nocivas, pues ni filósofos ni teólogos podían trabajar con la tranquilidad que da la certidumbre y claridad en las ideas. Fue la Edad Media, con los grandes doctores escolásticos, la que deslindó los dos campos, asignando a cada ciencia su método propio, concordando las dificultades que habían parecido insuperables y dando a la ciencia esa unidad interna que es su más bello atributo. Recordemos de paso, que quien más poderosamente contribuyó a precisar y separar conocimientos naturales y conocimientos revelados,

reuniéndolos en una síntesis grandiosa aunque perfectible, fue el gran revolucionario del pensamiento occidental, Tomás de Aquino. El santo Aquinatense fue un excelso universitario, verdadero Maestro de Occidente. Precisamente, porque es de Occidente, nunca consideró su obra como definitivamente terminada y completa. Dejó anchos caminos abiertos a la futura especulación e investigación, dentro de la sapiente libertad de pensamiento que defendió poderosamente contra las influencias tradicionales que pesaban opresoramente sobre el destino humanista del saber universitario.

La importancia de esta realización la apreciaremos mejor si consideramos un tanto la historia de la filosofía en una nación como la India, donde jamás se ha hecho la distinción entre teología y filosofía, y donde el saber tradicional y sagrado es un sincretismo de teogonías, teologías, racionalismo, mezclados en un conjunto informe y monstruoso.

En esta concepción particular y completa del saber está la razón de ser y fuerza vivificadora de la Universidad del medievo. Trató de realizar la inmensa labor intelectual de concordar la Revelación con la razón; el logos de Dios con la palabra del hombre. Pero no fue éste su único atributo. Independiente del poder secular, sujeta únicamente al poder espiritual y ordenador de la Iglesia, logró elaborar un admirable método científico que nos ha legado como preciosa herencia. En la base de este método está la persuasión de que las pasiones enturbian la visión intelectual y de que sólo puede pensar bien quien ame desinteresadamente la verdad. La psicología de la "actitud moral e intelectual", tan estudiada en nuestros días, fue conocida en sus grandes líneas por la Universidad medieval. En los escritos de los grandes doctores resplandece la objetividad intelectual, que es la prueba más evidente de un sincero amor a la verdad y de una necesarísima abnegación científica. Allí no hay nada del yo. El sujeto desaparece para penetrarse totalmente del objeto. Esta objetividad nadie mejor que los grandes científicos modernos la podrían apreciar.

Por lo demás, confiados en una concepción trascendental de la verdad, convencidos de que la verdad única vivifica lo presente y lo pasado y palpita entre las nieblas mismas del error, que no es sino una verdad incompleta o una verdad exagerada, adoptaron un procedimiento eficacísimo, tradicional y antitético a la vez, que les permitió apreciar, rescatar y perfeccionar los legados culturales de la antigüedad. Así se cristianizó el pensamiento de Platón y Aristóteles. Tomás de Aquino cita frecuentemente a Ovidio, Horacio, César, Ci-

ceión, Séneca, Terencio, Salustio, Tito Livio, Galeno, Hipócrates, Valerio Máximo. Griegos y romanos, judíos y árabes, le son familiares. Mucho más y mejor que la mayor parte de los filósofos renacentistas y racionalistas, utiliza el pensamiento pagano de épocas pretéritas. Jamás se propuso, como Descartes o Kant, sacar una ciencia nueva de la nada.

Estos son, pues, los rasgos más salientes que nos dejaron las universidades medievales. Orden y claridad en la proposición de las cuestiones y conceptos, deslindando los campos y fijando los términos. Contacto con la tradición y estudio concienzudo de las opiniones ajenas, con generosa prontitud para reconocer la verdad donde quiera que se hallase. Proclamando de esta suerte la unidad inquebrantable de la verdad, sosteniendo el realismo moderado contra las exageraciones de los nominalistas, no menos que contra las especulaciones enfermizas de los panteístas, preparó el terreno para los futuros progresos de nuestra cultura occidental cristiana.

Naturaleza y Misión de la Universidad Medieval. La Universidad estaba destinada a la ciencia, al laboreo intelectual. Ese era su primer y elemental destino. Pero no era un destino individual; no se trataba de saber por saber, aprender para ser más sabio. Tal es la fórmula egoísta del intelectualismo liberal. La Universidad medieval tenía un eminente carácter social, recibido de su ser corporativo.

Con anterioridad hemos expresado que la "Universitas magistrorum et vel studentium" tenía un fuerte sentido corporativo y una clara tarea cultural. Es de este sentido societario de donde le viene su nombre (universitas: pluralidad, unión, sociedad). Nace, pues, como una institución social integrada por maestros y alumnos. La universalidad a que alude el título no se refiere directamente al saber, sino al modo de su constitución, al grupo humano que integraba la Universidad. Y es que la Edad Media tuvo ideas precisas al impulsar el sentido corporativista, cuales fueron: equilibrar los deberes y derechos individuales y sociales y facilitar la misión de los grupos en la vida común.

En nuestros tiempos se ha llegado a creer que Universidad significa universalidad, con referencia directa al saber, a la confluencia de múltiples ideologías. Esta concepción es ajena a la verdad histórica y ha creado una universidad inorgánica, proteica y desarticulada en las tareas científicas. Reconocimiento parcial e implícito de esta crisis de organicidad de la Universidad contemporánea, son los afanes intervencionistas de los Estados para uniformar la enseñanza, especial-

mente en lo que se refiere al estudio de la historia nacional. Medicina que ha resultado peor que el mismo mal, porque desnaturaliza la misión de la Universidad en su búsqueda desinteresada de la verdad.

En su período de plenitud, la Universidad medieval distinguía tres grados en sus tareas culturales: bachillerato, destinado sobre todo al ejercicio práctico de una profesión; licenciatura, con libertad de ejercicio profesional y doctrinal; y doctorado, con derecho al magisterio supremo y a la investigación. Pero estas tres categorías en la enseñanza no tenían el carácter de un humanismo individualista: hacer al individuo más sabio, convertirlo en técnico o en profesional. La doctrina del cristianismo sobre el destino de "todas las cosas sobre la haz de la tierra (son) creadas para todos los hombres y para que les ayuden a la consecución de su fin" (Ignacio de Loyola), ponía como principio y fundamento de la visión del mundo, el destino individual y social de todos los seres de la tierra y también de la sabiduría. El personalismo y trascendentalismo cristiano y el sello corporativo le dieron a la Universidad un eminente sentido social de su misión que se manifestó en diversas formas.

Tenía como clara finalidad inmediata la formación de los futuros jefes de la sociedad para servir al gobierno, a la justicia, a la milicia, a la Iglesia. No eran simples profesionales sujetos a las leyes de la lucratividad. Su misión tenía funciones épico-sociales por su destino humanista hacia la colectividad. Los encargados de difundir, adaptar y hacer progresar la ciencia, no eran simplemente grandes profesores, sino corporaciones, grupos humanos universitarios. Influyeron en los Concilios, en las Dietas, en las Cortes, en los grandes problemas temporales y espirituales de la época, desde una posición de servicio, no de medio personal o gremial. Forjaron los jefes de los grandes movimientos espirituales de aquellas épocas —desgraciadamente lo mismo para el mal que para el bien, al menos en algunas regiones, como en Alemania—, pero vivieron en estrecho contacto con el pueblo, que las veía como algo suyo.

En particular nuestras Universidades durante la Colonia fueron expresión fiel de ese sentido social de su misión. Excesivamente solemnes en sus ceremonias si se quiere, y mejor dotadas de hombres que de instrumentos de trabajo, sintieron una preocupación inicial por el indígena y sus problemas, sus lenguas, su arqueología, su historia, al contrario de nuestras Universidades modernas que se desinteresan de los grandes problemas del proletariado. No prevalecía un criterio de utilidad económica y por eso hubo épocas y Universidades en que to-

dos los graduados, al menos de una facultad, estaban obligados a saber la lengua indígena. Las facultades de teología, sobre todo en la enseñanza de la teología moral, afrontaron animosamente los problemas morales de la nueva situación americana y de ello tenemos estupendos testimonios tanto en los tratados morales, como en los "confesionarios" que han llegado a nuestros días.

Y en un plano personal, nos ha dejado la Universidad medieval ejemplos excelsos de universitarios que sintieron desde su cátedra y desde sus altas especulaciones, la misión social de su ciencia. Nos referimos, desde luego, a un Tomás de Aquino, quien dejó ya sentados una serie de principios de filosofía social que aún tienen actualidad; a los grandes juristas Francisco de Vitoria, Francisco Suárez, Luis de Molina, Vázquez de Menchaca, sistematizadores del Derecho Natural, hoy redescubiertos, y del moderno Derecho Internacional. Vitoria, desde su cátedra de Salamanca, asiste a los problemas jurídicos de la conquista y de la organización americana. Escribe sus prelecciones "De Indis" que son el monumento al saber social de la Universidad española del siglo XVI. Los derechos de los indios conculcados frecuentemente por conquistadores inescrupulosos, eran defendidos desde Salamanca, desde la Universidad. La misión ética, libertadora y social de la Universidad era realizada con un espléndido valor civil que no arredaban ni emperadores, ni virreyes o audiencias.

De esto último se desprende otro aspecto de la misión social de la corporación universitaria medieval. Los hombres de ciencia comprendieron que la idea corporativa servía eficazmente para dar consistencia y perduración a su trabajo. Pero también servía para preservar y defender los derechos del saber, de la cultura. Tiene así la Universidad la misión determinada de defender la libertad. La libertad del gremio, desde luego, pero también la libertad del saber, contra cualquiera intromisión del Rey, del Papa, de los alcaldes de las ciudades y del Canciller de París. Esta lucha podía ser mejor conducida cuando la realizaban grupos organizados y no individuos aislados y por eso la dirigía casi siempre la corporación de estudiantes y profesores. La historia nos enseña la participación que han tenido siempre las Universidades y los grandes universitarios en la defensa de las libertades populares. Parecería que el lema de la corporación universitaria a través de los tiempos ha sido: "por el espíritu en defensa de la libertad".

Y esta Universidad medieval que hemos estudiado ha sido calificada de oscurantista, dogmática y autoritaria. Naturalmente que los

calificativos no tienen valor alguno, históricamente hablando, sin llegar a los extremos de la dialéctica marxista, si no hacemos la investigación conforme a la mentalidad de la época de la cual la Universidad es un producto.

La mentalidad medieval no es la moderna. Esto ya quedó explicado brevemente, y es cuanto podemos afirmar si no queremos tachar con los mismos calificativos hasta el trabajo de los grandes sabios griegos sólo porque justificaron la esclavitud.

Con esto no queremos decir que la Universidad medieval no tuvo defectos. Grandes y muchos, por cierto. Credulidad ingenua; exceso de especulación; poco sentido de observación que impidió un mejor desarrollo de las ciencias particulares. Sin embargo, cuando se acierta en lo principal ¿será tan censurable errar en lo secundario? ¿De qué sirve que la humanidad haya descubierto los misterios de la energía atómica y logrado los más prodigiosos adelantos técnicos, si la bancarrota moral y espiritual a que ha llegado la tiene al borde de su propia destrucción?

La Universidad en el Renacimiento. La ley de saturación y del hastío, tan estudiada por la psicología dinámica de Lewin, y que es uno de los puntos básicos de la metafísica de Heidegger, parece tener no sé qué influjo en la historia. Nada perdura... Los movimientos más nobles se agotan, se marchitan y mueren. El espíritu humano es un péndulo oscilando entre los extremos. Sólo a ratos y como por excepción logra mantenerse en ese punto medio que forma la sustancia de la virtud aristotélica. Uno de esos ratos, que no el único, fue el siglo de oro del escolasticismo. Recordamos aquí el pensamiento ya citado de Toynbee y las ideas de Spengler sobre la decadencia de Occidente.

Así, la metafísica profunda y viril del realismo moderado, cedió poco a poco a un formalismo insubstancial y alambicado. El espíritu humano, cansado de abstracciones, distinciones y subdistinciones, tuvo ansias de formas, de luz y de color. Vino la reacción renacentista.

La Edad Media estudió las ideas griegas y el Renacimiento las formas y el estilo en que se encarnaron esas ideas. Pero el Renacimiento se distingue de la época medieval no solamente en este enfoque, sino en algo mucho más profundo. El movimiento intelectual del medioevo fue genuinamente popular; en cambio, el renacimiento fue un movimiento aristocrático, esotérico y exclusivista. Fue flor de jardín, muy exquisito y perfumado.

Con el Renacimiento coincide un alejamiento de Dios y un endiosamiento del hombre. El Renacimiento estudiaba el estilo. . . y ¿qué es el estilo? sino el hombre. Y a este subjetivismo del entendimiento—opuesto al objetivismo intelectual del medievo, donde el hombre buscaba la verdad y la belleza fuera de sí mismo—, se añade otro subjetivismo más peligroso aún, el de la voluntad. Con esos ingredientes, la autoridad cede lugar al libre examen; el catolicismo orgánico al protestantismo anárquico; y, como consecuencia, la unidad intelectual y moral de Europa se quebranta. Perece la unidad social y la Universidad deja de ser católica para hacerse nacionalista.

Fuera de toda la fantasía, colorido y preciosismo formal que caracteriza a la Universidad Renacentista, no hay ninguna lección importante legada a la posteridad. En Alemania, las cátedras de filosofía y teología escolásticas, primer blanco de las iras protestantes, son sustituidas por otras de latín y griego y por el estudio de la Escritura y de los Padres de la Iglesia. Con los Centuriadores de Magdemburgo se inicia en Alemania la teología positiva. He aquí a la teología convertida en ciencia inductiva. La Universidad francesa inicia su camino hacia el Galicanismo, primera etapa de una jornada que ha de terminar en el laicismo.

Así, esa flor de jardín, pierde pronto su fragancia para no recuperarla jamás.

La Universidad en la Epoca del Filosofismo. El siglo XVIII presencia la decadencia de las Universidades europeas. El genio se retira de los claustros universitarios al santuario perfumado de los salones y academias. La Academia Francesa, la Royal Society de Londres, son productos de esta refinada edad. La Sociedad Científica de Berlín y la de San Petesburgo nacen al conjuro mágico de Leibnitz, uno de los genios más grandes y vigorosos de estos tiempos. Es el siglo de la "Pansofía", de la "Polimatía" y del Enciclopedismo.

Cansado el Renacimiento, de modelar versos latinos barrocos, el entendimiento humano dirige su mirada a otras materias. ¿Cuáles? No importa cuáles. Lo que se quiere es filosofar. Si el renacimiento cultivó un formalismo estilístico, el "Aufklärung" se lanzó al formalismo filosófico. Ni uno ni otro tuvieron un objeto propio, vivo y fecundante. El uno y el otro estilizaban o filosofaban por estilizar o por filosofar.

Con el Filosofismo se trata de racionalizar todos los diversos campos de la vida humana. Afecta no sólo a la filosofía, al arte, a la literatura, sino también a las instituciones sociales y políticas.

En el aspecto cultural, el filosofismo señala una clara reacción contra la Edad Media. Esta dio la preeminencia a la Revelación, por ser palabra de Dios; a la tradición, como vehículo de esa Revelación; a la autoridad, como órgano auténtico de interpretación. El filosofismo o iluminismo proclama la soberanía absoluta de la razón, que arrebató la primacía al dogma revelado y se constituye en árbitro de todos los valores. Este reinado exaltado de la razón —consecuencia de la deificación del hombre realizada por el Renacimiento— trae la ruptura con lo sobrenatural, por no radicar dentro del campo racional. Al reinado de la razón lógicamente acompaña el de la libertad, frente al concepto de tradición y autoridad de la Edad Media. Todo el ambiente iluminista está saturado de una fe ciega en la razón libre, de la que se espera saldrá el mundo moderno rebosante de felicidad y prosperidad. Aquí tenemos otro elemento contrapuesto al pensamiento medieval. En la mentalidad medieval, en la cumbre de los valores humanos, están los valores de conciencia; la conciencia es la voz de Dios, el camino de retorno a Dios. En el ambiente iluminista predomina el concepto de utilidad, felicidad, prosperidad, como signo de la conquista del mundo por nuestra razón.

La Edad Media no niega la naturaleza, ni la libertad, ni la necesaria orientación de la vida humana hacia la felicidad. Pero cree que eso no puede alcanzarse si la vida del hombre no se apoya y cobija en un orden superior de valores.

El filosofismo cree en la suficiencia de la razón y no duda en proclamar su autonomía, de la que fluirán como de un manantial la verdad y el bien. No niega la moralidad, pero cree que ésta es consecuencia del libre desenvolvimiento de las tendencias naturales.

Esta concepción iluminista condujo necesariamente a un sentido individualista de la vida humana. Los efectos también los tuvo que soportar el régimen corporativo de la Universidad.

La universalidad es una consecuencia de la razón y una característica del filosofismo. Los métodos de razón de tipo mecánico-matemático aplicados a las ciencias naturales de la época, se extendieron a todas las ramas del saber. De ahí resultó una visión general mecanicista de la sociedad. Esta y sus instituciones eran un conjunto de agregados. Baste recordar que el Estado, según Rousseau, es una simple suma de individuos. La Universidad no era vista por el filosofismo sino como un mero agregado de profesores y estudiantes; concepción opuesta a la medieval que la consideraba como un “ser

orgánico”, que indica la noción de vida, de algo más que la suma de partes, en fin, de un principio vital.

De ese modo, esa concepción mecanicista condujo directamente a una filosofía individualista que destruyó el sentido corporativo y social de la Universidad.

Afortunadamente, mientras la Universidad desfallecía en la plenitud del filosofismo, una generación de educadores nuevos, herederos de la tradición escolástica, sin ser por eso despreciadores de la forma, iniciaban y organizaban en toda Europa una institución escolar distinta, de enorme importancia: la segunda enseñanza. En la Edad Media, ambas secciones de formación, lo que hoy llamamos secundaria y universitaria, estaban amalgamadas. Esta separación y la organización del colegio de segunda enseñanza, popular, eficaz y perfectamente equilibrado, fue obra en gran parte de la Compañía de Jesús. Hacia la mitad del siglo XVIII aparece además el primer esbozo de la escuela primaria. En Francia fue creación del insigne educador Juan Bautista de la Salle. En Suiza y los países de lengua germánica, fue obra de ese hombre singular que se llamó Pestalozzi.

Se cierra en esa forma el período poco fructífero para la Universidad de la época del filosofismo, y surge la filosofía liberal que influye notablemente en las tareas del saber.

La Universidad Liberal. Es sabido que el adjetivo “liberal” tiene tras de sí una rica tradición occidental y cristiana que poco a poco fue tornándose equívoca hasta designar un individualismo desenfrenado, ideológicamente desorientado. La Universidad liberal, en este sentido peyorativo, comienza con el protestantismo —más ideológicamente que institucionalmente, pues la Universidad protestante original nace con una huella de servilismo al Estado—; sigue con la Revolución Francesa y adquiere su mayoría de edad con el liberalismo económico. Las bases mediatas de esta Universidad se encuentran en el filosofismo, el cual como ha quedado dicho, con su concepción mecanicista de la vida propició el auge del individualismo.

Comienza la filosofía liberal, como otros fenómenos de la historia, con un propósito recto de liberar a los pueblos del régimen monárquico absolutista, obsoleto y envejecido ya para esa época. Pero del sentido de libertad política, de igualdad política, de fraternidad política, va discurriendo hacia todos los territorios de la existencia humana, encontrando especialmente en la economía su mayor campo de experimentación y de desarrollo.

Tres rasgos fundamentales caracterizan este tipo de Universidad: la dispersión del saber llamada originalmente libre examen y luego libertad absoluta de pensamiento, que destruyó toda norma de autoridad o de tradición en el campo cultural; su destino inmanentista, que sirvió para formar individuos que pudieran ser técnicos, o profesionistas o investigadores “privados”, es decir, el saber por el saber, y para cada uno; y la última característica, de sentido económico-social, fue la inevitable segregación económica del alumnado. Universitario era el que podía pagar... los demás podían quedar en la ignorancia. Despojado el saber de sus conexiones genetales —religión, cultura—, perdida la unidad orgánica de la Universidad, surge el tipo de sabio especializado y deshumanizado, que tan duras críticas ha despertado en nuestros días.

La concepción egoísta del liberalismo individualista produjo graves consecuencias en la Universidad liberal. Por una parte, aisló el saber llamado científico de su destino social y en general de su destino humanista, para hacerlo patrimonio del individuo particular. Por otro lado, dispersó la corporación universitaria, también con pretextos de libertad; dificultando más su tarea social. Se derrumbó todo el espíritu societario del corporativismo medieval, para dejar al individuo en el goce de su “sagrada libertad”. Las normas éticas fundamentales eran verdaderos estorbos para un saber destinado exclusivamente al individuo. Y es que el libre pensador no tiene lealtades. En el fondo es un relativista moral, esto es, un egoísta. Ya no sirve a la ciencia, sino que se sirve a sí mismo. Y en la práctica y a la larga, se vale de ésta como de un mero instrumento para medrar. Lo que pasa en la vida moral, sucede también en el campo científico; por eso, el liberalismo intelectual carece de carácter, de unidad cultural y produjo generaciones relativistas.

El liberalismo consagró, en definitiva, el individualismo como destino del saber y de la corporación científica. Erigido el individualismo en supremo ideal, sobrevino el distanciamiento, el dar las espaldas al pueblo y de ahí su inhumanismo, el sacrificio del hombre y de su libertad. En efecto, el liberalismo condujo al libertinaje y el libertinaje a la esclavitud. El libertinaje político a la esclavitud política; el libertinaje social a la esclavitud social; el libertinaje económico a la esclavitud económica; el libertinaje cultural a la esclavitud cultural.

Nuestros abuelos y bisabuelos creyeron frecuentemente que al oponerse la Iglesia al liberalismo quedaba convertida en enemiga de

la libertad, cuando en realidad era su más fiel defensora. La Iglesia enseñó incansablemente que las instituciones sociales no estaban creadas para obtener la felicidad del individuo particular, sino el bien común de todo el pueblo. Hoy día, después de cien años de los grandes documentos de Pío IX contra el liberalismo, observamos las funestas consecuencias de su sistema que han dado origen, por vía de reacción, a los totalitarismos de Estado.

Hay, sin embargo, un hecho revelador. De esa Universidad liberal, en contra de sus ideas individualistas, salen los estudiantes a tomar parte en las contiendas en defensa de la libertad. Porque a pesar de sus defectos y de su colaboración en el advenimiento de la esclavitud del hombre contemporáneo, esa Universidad había conservado del pasado, un tanto caricaturizada, la vieja tradición universitaria de defensa de la libertad.

La Universidad Estatal del Siglo XX. Con el fermento del laicismo, la Universidad de nuestro siglo pierde sus últimos contactos con la corporación universitaria medieval; ya no es Dios el que inspira la tarea docente, sino la fuerza bruta del Estado.

Es un antiguo pecado abandonar al Estado la educación e instrucción; pero también podemos acusar al liberalismo de esa culpa. El "laissez faire, laissez passer" abandona a la Universidad a su propio destino, después que le ha quitado su fuerza vital y creadora con su feroz individualismo. El camino lo recorre de un abismo hacia otro: del libertinaje al vasallaje cultural. En el medio se encuentra la vía despejada de la doctrina católica, según la cual el Estado es el servidor de la comunidad, el sustituto de los particulares, cuando éstos no pueden o de hecho no toman en cuenta sus funciones sociales.

Al dispersar el liberalismo los conglomerados sociales —el régimen corporativo fue totalmente aniquilado—, distanciando entre sí a los ciudadanos, ocupado cada uno en sus propios y personales quehaceres al margen de la colectividad; y al despojar con sucesivas confiscaciones a la Iglesia de los bienes que ésta destinaba a la educación, sobre todo la popular, el Estado fue presentándose como el salvador de la situación, apropiándose con encantadora naturalidad las funciones de educador. De ese modo el Estado se constituyó como educador y guía espiritual de las masas, de las cuales según él, otros no se ocupaban. No descuidó, naturalmente, de impedir a la Iglesia el derecho de enseñar, aún después de haber sido ésta despojada de sus bienes, con los cuales sostenía una labor de enseñanza popular que hubiera

dados excelentes frutos. Para esto último, invocó los principios laicistas que aceptó como legado del liberalismo.

La situación extrema de esa Universidad sobreviene cuando ciertos Estados no sólo absorben o pretenden absorber las funciones de educadores, como si fueran padres de familia, sino que tratan de definir doctrinariamente, por su propio derecho y autoridad, la doctrina que debe enseñarse en la Universidad. A ese tipo pertenecen las escuelas soviéticas y de otros países totalitarios.

La Universidad estatal, en términos generales, organiza el saber en torno a una idea política; entiende la misión social de la Universidad como misión política al servicio del Estado y utiliza la corporación universitaria como instrumento de afirmación del poder estatal. El destino del saber universitario no es el servicio de la comunidad, sino del Estado, convertido en comunidad; el bien del Estado es el bien común.

En América Latina la mayor parte de las Universidades son estatales. Las características arriba expresadas se les aplican con cierta atenuación debido a una garantía legal de autonomía, pero que en la práctica resulta bastante ilusoria.

Existen también algunas Universidades particulares, no necesariamente católicas, que tampoco disponen de la suficiente autonomía por supeditaciones legales impuestas por el Estado.

Por lo demás, ambas clases de centros de estudio son ejemplos típicos de ceguera absoluta a las necesidades sociales de la comunidad, porque son un híbrido resultante de dos influencias diversas: la liberal y la totalitaria. Participan, paradójicamente, del espíritu egoísta y comercial de la filosofía individualista; y de la dirección cultural del Estado totalitario. Desnaturalizan la misión social de la Universidad y el sentido personal del saber: en cuanto *búsqueda colectiva, coherente y desinteresada de la verdad*.

Conclusiones. Hemos considerado la historia de la Universidad y, de todas sus diversas etapas, podemos distinguir dos épocas perfectamente diferenciadas: la medieval y la moderna. Pasamos por sobre la primera que quedó explicada con mayor extensión y compendiamos las características esenciales de la segunda.

La Universidad moderna proclama la libertad de la razón como dogma fundamental de su constitución interior. Más, esta misma libertad la convierte, ya en esclava de sus propias humanas debilidades,

o en su etapa final, en esclava del Estado. Ni vale apelar al humanismo y decir que éste es su norma y fin. ¿Qué es humanismo sin principios morales? Tal humanismo se convierte en mero intelectualismo. No hay virtud ni carácter sin lealtad; para ser leal hay que militar bajo la bandera de una causa. Luego, a la larga, el libre pensamiento se convierte en craso materialismo.

En lo que atañe a la filosofía, la Universidad moderna ha despertado un sin número de problemas y enriquecido el tesoro común de la especulación con puntos de vistas profundos y originales. Su labor sintética, en cambio, excepción hecha quizá de hombres como Leibnitz, Kant y Hegel, ha sido pobre. En el terreno de la ciencia positiva, a fuerza de inagotable paciencia y concienzuda labor, ha realizado una obra maravillosa de ingeniosidad y elaborado métodos eficacísimos para la investigación de las ciencias naturales. La gratitud es imperecedera para los desvelos de un Pasteur, por ejemplo. Ni es pequeña nuestra deuda para con los sabios, abnegados e incansables, que han hecho desaparecer las distancias y unido... "corporal y materialmente" a la humanidad. Que esta unidad material, así como las maravillas que ofrece la energía atómica, no hayan redundado en una mayor unión de los espíritus y en un mejor amor, base de la verdadera paz, eso se debe a que, al contrario de lo que pasaba en la Edad Media, nuestras Universidades han acertado en lo menos y errado en lo principal, único y necesario... Dios.

En breve síntesis podemos afirmar que la sabiduría y la santidad fueron los ideales de la Universidad medieval; el Renacimiento aspiró a crear el hombre armónico; el hombre razonador fue el ideal de la Universidad en el Filosofismo; y en nuestro tiempo se levanta un altar al confort y al nivel de vida.

Mirando el presente es indudable que la Universidad medieval no puede servir plenamente como modelo ideal; además de haber tenido sus defectos, las circunstancias históricas actuales no son las mismas que las de la Edad Media. Pero sí puede enseñarnos lecciones importantes: entusiasmo intelectual, unidad orgánica del saber, unidad social en su constitución y sentido ético-social de su misión.

Por considerarlo de interés insistimos en que el saber social debe estar fincado esencialmente en la provincia de lo moral. Fue precisamente la Universidad liberal la que, con su renuncia al carácter social de su ejercicio doctrinal y con él a cualquier norma ética, obligó al Estado a asumir una actitud totalitaria. De ahí la reglamentación del ejer-

cicio profesional en códigos profesionales o en organismos estatales, para evitar —algo que debería ser preocupación continua de la Universidad— que los títulos sean “verdaderas patentes de curso para la explotación de la sociedad oprimida”. Naturalmente que cuando una Universidad, como consecuencia de la renuncia a su tarea social, olvida su deber ético, difícilmente podrá sentar cátedra de maestra de deberes sociales y políticos.

Debemos, pues, aprovechar las enseñanzas de la historia y devolverle a la Universidad su misión social. En esa forma podemos hacer revivir el espíritu corporativo, avivar su sentido ético y asegurar su verdadera autonomía. El fundamento de la autonomía ha sido hasta ahora simplemente intelectualista: “el saber no debe sufrir cadenas”; fórmula simplista, ambigua y peligrosa. En realidad, la autonomía universitaria está afirmada en su misión social, colectiva, en favor de todos, pero en especial del pueblo. Su misma labor de servicio debería garantizar su libertad ante el Estado, ante los grandes intereses económicos, ante los partidos políticos.

El saber universitario, orgánico y articulado, destinado sobre todo a la sociedad, debe encontrar su realización concreta e inmediata en los aspectos de la formación científica del universitario como técnico o como profesionista; en los aspectos sociales de la investigación científica; y finalmente, en la tarea de extensión universitaria. Sólo realizando ampliamente estos tres aspectos y llevando siempre en consideración la idea de servir al pueblo, puede nuestra Universidad contemporánea, como conjunto de profesores, egresados y estudiantes, sentirse satisfecha de su misión.

San Salvador, Agosto de 1960.